

LUIS ÁLVAREZ FALCÓN, *Realidad, arte y conocimiento. La deriva estética tras el pensamiento contemporáneo.*

Barcelona. Horsori. 2009. 212 pp.

por **Mario Teodoro Ramírez**

En el propósito de volver a ubicar el valor filosófico del arte, Luis Álvarez Falcón (Zaragoza, España, 1967), profesor de filosofía y doctor por la Universidad de Valladolid¹, se ve en la necesidad de proponer una inversión radical de las concepciones más comunes, y esencialmente desacertadas, acerca de la naturaleza del arte, de la obra de arte y de la experiencia estética. Esta trasmutación general de la reflexión estética, esta "destrucción" o desustancialización masiva de la Estética, queda bien expresada en los siguientes planteamientos programáticos: "El estatuto ontológico de los 'objetos' del 'Arte' es, pues, esencialmente insoluble. Su dificultad radicará en *la pérdida de evidencia*. La naturaleza de tales 'objetos' posee una particularidad crucial: *parecen* un "objeto" pero no lo son. El "Arte" es un objeto presunto, cuya presumible naturaleza carece de evidencia" (27).

No solamente, como expresa Álvarez Falcón, la afirmación indicativa "Esto es una obra de arte" se vuelve problemática, la misma y más general afirmación conceptual: "Esto es el Arte", se torna igualmente problemática. Queda claro al menos que la obra de arte no es un objeto, aunque lo parezca, y que el Arte no es un "objeto teórico", aunque lo parezca; también, que la experiencia estética no consiste en el despliegue triunfal y certero de las potencias más propias de la subjetividad; finalmente, que la reflexión estética no puede seguirse haciendo a partir de ciertos supuestos no cuestionados y según la estrategia de un pensamiento positivo y conclusivo. El libro de Álvarez Falcón da cuenta de estas "nuevas" evidencias, única manera, según el autor, de restablecer el gran proyecto de la Estética filosófica, uno de los ejes clave de la modernidad filosófica, y cuyo olvido o desvanecimiento puede ayudar a explicar algunas de las confusiones o impasses en el

¹ <http://www.luisalvarezfalcon.com/>

campo práctico del arte de nuestro tiempo y, en general —dado el carácter esencial de las cuestiones aquí en juego—, de las propias confusiones o callejones sin salida en el ámbito filosófico contemporáneo.

Con la triada categorial que da título a su obra —*Realidad, arte, conocimiento*—, Álvarez Falcón quiere señalar el plano esencialmente filosófico en el que se mueve su propuesta y el sentido de su inquietud. Esto tiene que ver tanto con la petición de restablecer la dimensión filosófica de la reflexión estética, con el requerimiento de no olvidar los fundamentos ineludiblemente filosóficos de toda Estética, como con la necesidad de re-incrustar los problemas y la perspectiva de la estética en el núcleo mismo de las cuestiones filosóficas más esenciales y acendradas: las cuestiones ontológicas acerca de la Realidad y el Ser, y las cuestiones gnoseológicas acerca del conocimiento y la Verdad. La interpretación y la propuesta teórica respecto a la Estética y a la naturaleza del Arte que Álvarez Falcón presenta no puede entenderse si no se considera cuidadosamente el entramado filosófico en el que él se está moviendo y que, de alguna manera, pone en juego la historia general de la filosofía, desde Platón hasta Marc Richir, pasando por todos los pensadores clásicos de la modernidad —Kant, Hegel, Schiller, Schelling, Schopenhauer, Nietzsche— y ciertas figuras emblemáticas del pensamiento del siglo XX —Husserl, Benjamin, Heidegger, Adorno, Merleau-Ponty. La cuestión filosófica sobre la que incide la Estética se puede precisar en los siguientes términos: ¿podemos volver a pensar desde el Arte y la Experiencia Estética la posibilidad del conocimiento y el valor de la Verdad, es decir, la relación de nuestra conciencia con lo Real, con el Ser o el Mundo? Se trata quizá de la cuestión filosófica por excelencia, que une en una misma línea la filosofía antigua con la filosofía moderna, y cuyo replanteamiento permite contribuir a despejar el confuso panorama de nuestra época, insuflándole vida a una cultura que parece resignarse a la pérdida de la Verdad y del Sentido, y a una ejercicio de la filosofía y la teoría que parece resignada también a constatar simplemente el nihilismo generalizado.

No obstante, la postura de Álvarez Falcón no es regresiva en el sentido de renunciar a los rigores críticos y positivos del pensamiento moderno, donde simplemente se trataría de retraer anticuadas valoraciones metafísi-

cas, objetivistas y dogmáticas, del arte y la belleza. Tampoco se trataría de adscribirse acríticamente a cualquiera de esos equívocos teóricos "reduccionistas" en la línea de las teorías analíticas y semiótico-estructuralistas de la estética del siglo XX. Como queda claro hacia el final del libro, y en el talante general de su propuesta, Álvarez se ubica en la línea del pensar fenomenológico, aunque, ciertamente, bajo una práctica no ortodoxa de la fenomenología. Y esto no por mero prurito "crítico", sino atendiendo congruentemente a las exigencias de pensar la "cosa misma" del Arte en toda su complejidad y problematicidad. Más que una simple aplicación de la fenomenología a la Estética, lo que Álvarez propone es una doble modificación: una fenomenología transfigurada que nos permita comprender los problemas de la Estética, comprensión que, a su vez, nos permitirá responder a los temas pendientes de una filosofía fenomenológica consecuente: la constitución del sentido del mundo desde sus fuentes primigenias. En este punto hay que retomar la enseñanza del Arte y de la experiencia estética.

Para hacerlo, Álvarez Falcón propone, como decíamos, una inversión de las definiciones comunes y de la lógica natural de las cosas; ensayando una especie de "dialéctica negativa" adorniana de cuño fenomenológico. Bajo una definición negativa de la naturaleza propia de la Obra de arte y de la experiencia estética, el filósofo español "muestra" fehacientemente lo que es más propio del Arte, así como el valor de este esclarecimiento para una reposición de nuestra comprensión ontológica y gnoseológica. Veamos el acercamiento "negativo" a las definiciones básicas de una Estética filosófica. "La 'obra de Arte' es una parte del mundo y en sí misma no tiene autonomía. Sin embargo, los 'objetos' del arte no son los meros 'objetos' del mundo. Su naturaleza dista de ser la de las 'simples' cosas en el mundo. Su aparente carácter de 'cosa' representa el cimiento dentro y sobre el que aparece eso 'otro' y propio que denominamos 'obra'. Partimos de un hecho elemental: la 'obra de arte' no *aparece* como 'objeto', sino que *parece* un "objeto": es *apariciencia* de 'objeto'. Sin embargo, la *aparición* del 'Arte' emerge en el mismo proceso de constitución de la cosa en general, una vez neutralizado el ámbito del *ser* del 'objeto' que *parece*" (23s).

El autor presenta una serie de distinciones teóricas que es necesario tener en cuenta para captar el carácter de su propuesta. Retoma y precisa una distinción que ha estado presente en varios filósofos de la estética en el siglo XX: la que hay entre "objeto artístico" (artefacto artístico, la realidad físico-sensible del arte; la apariencia, *lo que parece*; esto es, el régimen de immanencia del arte) y "Obra de arte", lo estético (el "aparecer" de la obra en cuanto tal y el régimen de trascendencia que ella opera). Entre ambos polos o momentos hay una tensión y una relación dialéctica. Pero no hay reducción de uno a otro. Sin artefacto artístico no hay "Obra de arte", pero ésta no es esencialmente un artefacto, un "objeto", todo lo contrario: la Obra sólo se despliega a través de la puesta en suspenso de su ser "objeto" (un "pseudo-objeto", un "hiper-objeto", un "objeto implosionado"). "*Lo estético y lo artístico serán dos ámbitos irreductibles*", aclara Álvarez Falcón (27).

La des-objetivación es la consistencia propia de la experiencia estética, la manera como en verdad accedemos a aquella particularidad y aquella promesa que la Obra de arte nos ofrece. La condición de esta experiencia es algo así como un "fracaso" del "yo" en sus pretensiones de constitución de objetividad. Como lo expresa Álvarez Falcón: "sólo cuando el 'yo' no consigue fijar el artefacto como un 'objeto', excediéndolo con su insistente pretensión, accede a ese nuevo registro, proteiforme, fluctuante, discontinuo y fugaz, que se aleja del plano de la objetividad y de la continuidad temporal" (26). Nuevo registro, que es, pues, el de la Obra de arte en cuanto tal, con cuya experiencia "asistimos a la interrupción de lo ordinario, a la inhibición de lo cotidiano" (27), para que, por fin, emerja otro modo de ser, el Ser no objetivado del "aparecer" puro. Así, desarrolla nuestro autor, "el 'Arte' modifica nuestra concepción de la 'Realidad', abriendo un vacío intermedio, una región eminentemente real que discurre a espaldas del espacio objetivo y del curso uniforme del tiempo. Su *ser* se demora indefinidamente en su *aparecer*, se dilata indefinidamente en el *fenómeno*, y este su ser consiste en *aparecer*. No versará sobre los 'objetos' que aparecen, sino sobre su excepcional modo de *aparición* (27s).

Ciertamente, todo este movimiento de la experiencia no “niega” de hecho a la subjetividad, más bien ella queda incorporada al acontecimiento singular por el que se produce el salto de la inmanencia “hacia la ‘trascendencia’ del mundo y a su constitución” (41). Queda exhibido, así, el carácter indefectiblemente paradójico de la constitución del mundo que la subjetividad lleva a cabo a través de la experiencia estética. Es precisamente a través de un proceso de “des-constitución” del “objeto”, de “inhibición o incumplimiento de la intencionalidad”, como se permite que el Ser sea “constituido”. Este proceso se funda en la así llamada por Husserl “síntesis pasiva”: el secreto primigenio de la reducción fenomenológica perseguido incansablemente por el pensador alemán. “A partir de ahora, el método por el que los ‘objetos’ de conocimiento se debían de dar en su objetividad habrá permitido el acceso a un tipo especial de ‘objetos’ (pseudo-objetos) que no sólo se dan de ‘otro’ modo, sino que además permiten exhibir impudicamente los dinamismos propios de la subjetividad en su fracasado intento de adueñarse y constituir la objetividad del mundo de las ‘cosas’” (195). Un “sujeto desnudado”, el sujeto de la experiencia estética, es ése gracias al cual un mundo, un Ser y una “alteridad” son efectivamente posibles y dables.

De esta manera, Álvarez Falcón está en condiciones de proponernos una nueva y precisa definición del Arte: “consiste en encaminarnos hacia una impresión de trascendencia en relación con un mundo de seres y de cosas, de ‘objetos’, que se nos ofrece únicamente por medio de una acción concertada de ‘*qualia*’ sensibles, sostenido por un cuerpo físico dispuesto con vistas a producir tales efectos” (43). Vuelve a ser evidente la dialéctica negativa entre objeto y obra. El objeto, el artefacto, niega a la Obra; y la Obra de arte niega esta negación: emerge así la experiencia estética como fundamental y fundante experiencia ontológica; como la experiencia inolvidable de la verdad y de la Existencia. No hay que recular ante las tensiones y los desfases del fenómeno artístico; “la monstruosa naturaleza del ‘Arte’ revelará el fondo primordial sobre el que la humanidad debe instalarse” (211).

En fin, que estamos ante un libro de pura reflexión que logra equilibrar de la forma más adecuada el nivel de las propuestas conceptuales con la

discusión crítica de la tradición intelectual, particularmente el movimiento, la “deriva”, del pensamiento estético de los dos últimos siglos —el kantismo, el romanticismo, la fenomenología, el existencialismo, la hermenéutica, el estructuralismo, la post-fenomenología o “fenomenología no estándar” (204). Álvarez Falcón nos presenta una construcción a la vez sistemática e histórica de una comprensión del Arte que no teme otorgarle toda la seriedad y profundidad que tal empresa demanda. Como en pocos casos, la prestancia académica del texto —su metodología y organización precisas, el cúmulo de referencias a los más variados autores, el desarrollo consistente de sus temáticas— se encuentra al servicio de una prestancia filosófica e incluso antropológica y cultural fundamental, al servicio de preguntas acuciantes que tienen que ver con el destino y la posibilidad de la humanidad contemporánea.